



## La historia secreta de un doble asesinato

Fernando Butazzoni • Uruguay

Durante los días 2, 3 y 4 de junio se realizó en Cuba un encuentro de intelectuales de todo el mundo, quienes fueron invitados a reflexionar acerca del terrorismo y sus secuelas. A propósito de ello, en la siguiente nota se cuenta una tenebrosa historia de espionaje y asesinatos que fue escamoteada durante más de dos décadas. Curiosamente, un antiguo desaparecedor de personas, oficial del Ejército argentino para más datos, ha brindado algunas pistas que pueden resultar claves para explicar la muerte de los periodistas Richard Cross y Dial Torgerson, ocurrida en junio de 1983 en un polvoriento camino de la frontera entre Honduras y Nicaragua. Más allá de lo azaroso del episodio y de su laberíntica peripecia narrativa, los hechos sirven para ilustrar los mecanismos empleados por los artífices del actual movimiento terrorista internacional.

La que voy a narrar es apenas una pequeña historia dentro de la gran historia de conspiraciones y crímenes terroristas contra América Latina. Es una historia que recién ahora puedo contar en su totalidad, porque hace muy pocos días me fue brindada, en bandeja de plata, la última pieza de un complicado rompecabezas que trataré de describir de la manera más clara posible. Es, además, una historia que tiene que ver con mis experiencias personales durante 25 años, como combatiente primero, como corresponsal de guerra después y también como autor de una novela sobre el terrorismo de Estado en la Argentina de Videla. Es, entonces, una historia de vida con la que me siento doblemente comprometido: con la verdad, para que termine de saberse qué pasó y con la justicia que, por añadidura, de aquella se deriva.

Los acontecimientos que voy a relatar ocurrieron, como digo, hace más

de 20 años y, sin embargo, siento que todavía hay cuentas que saldar y que, por lo tanto, es pertinente traerlos a la luz porque ellos vienen a demostrar de manera palmaria cómo la verdad es sólida y duradera por más que en muchas ocasiones sea licuada, confundida y distorsionada hasta volverla irreconocible. A veces viene el olvido, la niebla que todo lo cubre. Y enseguida, la insoportable vergüenza de la impunidad. Pero al final, siempre, más tarde o más temprano, la verdad reaparece.

## **Negroponte**

Esta es una historia de represión, asesinatos y mentiras. Una más, es cierto, pero paradigmática en su economía interna, en su eficacia y en sus sorprendentes ramificaciones. Involucra a militares argentinos, a periodistas independientes norteamericanos, a gobiernos de América Central y a John Negroponte, esa especie de Dart Vader de la diplomacia mundial.

Uno de los actores de esta historia es un ciudadano argentino llamado Héctor Francés García. Su caso fue bastante conocido en su momento. Este hombre fue reclutado por los servicios de inteligencia de la dictadura argentina en 1980 y pasó a revistar en el «Batallón de Inteligencia 601», con sede en Campo de Mayo, en Buenos Aires, lugar que fue una verdadera fábrica de conspiraciones internacionales dedicadas al espionaje, el tráfico de drogas y el asesinato durante las décadas de 1970 y 1980.

Héctor Francés —y esto es sabido por su propia confesión— fue adiestrado en técnicas de espionaje, desde naderías como la intervención clandestina de teléfonos y la violación de correspondencia hasta los métodos más brutales de interrogatorio y eliminación de personas. El entrenamiento de este agente fue de primera calidad: duro, exigente, sin miramientos. Lo obligaron a torturar con picana eléctrica a un compañero, lo hicieron apuñalar una bolsa de arpillera llena de gatos vivos, lo tuvieron encerrado en un ataúd durante 16 horas. Sus superiores le dieron látigo. A veces lo alimentaban con excrementos humanos. Literalmente tuvo que comer mierda en Campo de Mayo. Héctor Francés recibió excelentes calificaciones, se graduó de agente y fue enviado a su primera misión. Destino: Costa Rica.

En ese país, que como se comprende era ajeno a toda vinculación geopolítica y a cualquier interés genuino de Argentina en la región centroamericana, Héctor Francés hizo de todo: sobornó a parlamentarios y periodistas, coordinó tareas logísticas para la contra nicaragüense (que se alimentaba por aquellos días de la mano de

Ronald Reagan y Oliver North), mató a algunas personas y reportó a su comando, que no era por cierto la jefatura del Batallón 601 ni las autoridades diplomáticas argentinas en Costa Rica ni la cancillería ni el gobierno. Era la CIA, más concretamente dos agentes reclutados en Buenos Aires, ambos militares. Uno se llamaba José Ollas (conocido por el nombre de «Villegas») y el otro Osvaldo Ribeiro (alias «Balita»). Pues bien, el «Balita» Ribeiro y José Ollas integraban el comando de las operaciones encubiertas que la CIA, a través de las Fuerzas Armadas argentinas, ejecutaban en toda América Central. Su base estaba en Tegucigalpa y sus actividades eran coordinadas con otro comando hondureño formado nada menos que por el Jefe de las FFAA de Honduras, el general Gustavo Álvarez Martínez (posteriormente sustituido en una especie de «golpe de Estado interno» por el aviador y cantante melódico Walter López) y por el Jefe de las Fuerzas Especiales de Seguridad Pública de ese país. ¿Quién era el enlace superior de estas «actividades» secretas? Un tal Nat Hammerick (o Hammerich), oficial de la Agencia Central de Inteligencia de EE.UU. que tenía base en Tegucigalpa con rango diplomático. ¿Y quién era el embajador de EE.UU. en Honduras en esa época? John Negroponte, un hombre que «no necesita presentación» y cuyo currículum es más un prontuario que otra cosa.

Surgido del riñón mismo de la CIA, experto en operaciones terroristas de toda índole, Negroponte es ahora un factor clave en el desarrollo de la política exterior norteamericana. Ya lo era por aquella época. Fue embajador en Honduras, creador intelectual y financiero de la base de «El Aguacate» y responsable por decenas de desapariciones y muertes en ese país. De Honduras a Iraq hay una ristra de cadáveres que enseñan su rastro.

Hay un dato curioso que quiero apuntar aquí: si uno busca a través de Internet datos acerca de estas historias, encontrará abundante información sobre Negroponte, sobre José Ollas (en algunos casos aparece como Hoyas y en otros figura como José Oyas), sobre Ribeiro, sobre Héctor Francés y sobre toda la caterva de criminales vinculados a estas operaciones. Pero en ningún lado aparece ninguna referencia a Hammerick, el agente de la CIA a cargo de la supervisión. Algunos especialistas en lo que se ha dado en llamar «Internet profunda» que he consultado, me han dicho que resulta poco creíble que alguien con sus características exista o haya existido y que su nombre no figure ni una sola vez en el billón largo de páginas disponibles en Internet. Otros amigos, algo torpes para la informática pero viejos expertos en asuntos de inteligencia y espionaje, no dudan en señalar que su inexistencia virtual en la red de redes es la confirmación más rotunda acerca de su

carácter de oficial operativo de la CIA. También me han dicho que seguramente ese no era su verdadero nombre. Se trataría de una especie de James Bond norteamericano, un tipo entrenado para las tareas más sucias de la guerra sucia, con licencia para matar y para traficar cocaína.

Sobre esta historia, hasta aquí bien conocida, se han escrito muchos libros y artículos. Por citar solo algunos, diré que John Prados publicó *Presidents' Secret Wars: CIA and Pentagon Covert Operations from World War II Through Iran-contra* (New York: William Morrow, 1988. 560 pages); Peter Dale Scott y Jonathan Marshall *Cocaine Politics: Drugs, Armies, and the CIA in Central America* (Berkeley: University of California Press, 1991. 279 pages); Ariel C. Armony *La Argentina, los EE.UU. y la Cruzada Anti-Comunista en América Central, 1977-1984* (Editorial Universidad Nacional de Quilmes, 1999), entre otros.

Hay decenas de nombres, todos ellos vinculados a la historia de represión y terror en el Río de la Plata, que aparecen también en la lista de oficiales argentinos que trabajaron en Honduras. Gente vinculada a la coordinación represiva que secuestró y desapareció a más de 200 uruguayos en Buenos Aires, que estuvo en la Escuela de Mecánica de la Armada, que cruzó varias veces el río hacia Montevideo y que fue premiada con misiones encubiertas en el exterior, formando parte del llamado «Plan Cóndor». Ellos manejaban también de manera discrecional fondos reservados, destinados supuestamente a tareas de «seguridad del Estado», pero que en realidad terminaron siendo usados para comprar droga, traficarla con impunidad garantizada, revenderla con astronómicas ganancias y con ese dinero financiar estilos de vida rumbosos y pagar al contado por crímenes y conspiraciones diversos, desde una ejecución a balazos de un opositor en algún país hasta la fundación de un partido político «democrático».

## **El doble crimen**

Pero quiero detenerme en otro personaje oscuro dentro de esta oscura historia: un oficial de la Policía Federal Argentina cuyo nombre, al parecer, era Roberto Alfieri González, aunque también circuló por el mundo con los nombres de Carlos Alberto Durich, Francisco Díaz, Francisco Mendoza, Carlos Chacón y Dr. Murcia. Este hombre, una pieza más del disparatado rompecabezas que armaron —a pedido de la CIA— los militares argentinos en América Central, vivía en Tegucigalpa, colaboraba con la Central de Inteligencia de los EEUU y desapareció misteriosamente en 1988. Su esposa hizo la denuncia correspondiente,

en Tegucigalpa primero y ante el relator especial de la OEA para los Derechos Humanos, en Buenos Aires. Que yo sepa, el caso nunca se aclaró.

Ahora bien, abusando de la paciencia de los lectores quiero retrotraer la historia a 1983, cuando las Fuerzas Armadas argentinas se habían «distanciado» de EE.UU. a causa del apoyo yanqui a Gran Bretaña en la guerra de las Malvinas. Nos ubicamos, entonces, en junio de 1983, en una zona montañosa de la frontera entre Honduras y Nicaragua. Dos periodistas norteamericanos, llamados Richard Cross y Dial Torgerson, circulaban en una camioneta Toyota por un camino de tosca, en territorio hondureño, cuando fueron muertos por una explosión de origen desconocido. La versión más creíble, surgida en aquel momento, indicaba que los sandinistas habían minado ese camino y que los periodistas fueron víctimas inocentes de la guerra no declarada entre ambos países, durante el conflicto entre el Ejército Sandinista y la Contra financiada por EEUU. Algunos rumores poco verosímiles decían que había sido un obús, o un cañón de 75 mm disparado desde Nicaragua, el que había provocado las muertes de Cross y de Torgerson. En un momento, hasta los mismos sandinistas creyeron que ellos habían cometido un imperdonable error bélico. Después lo negaron con énfasis, pero tengo para mí que nunca terminaron de saber lo que pasó exactamente aquella mañana de junio de 1983 en el camino de Cifuentes.

Yo estaba allí ese día, a unos cuatro kilómetros del lugar del hecho, pero del otro lado de la frontera. Estaba en una aldea llamada Teotecacinte, un pueblo perdido en las montañas del norte de Nicaragua. Y estaba haciendo lo mismo que Cross y Torgersen: trabajando como corresponsal de guerra. Jamás me olvidaré del afligido estupor del jefe militar nicaragüense que me contó en secreto el episodio. En mi caso, había una vieja amistad con este militar, a quien conocía de la época de la lucha insurreccional. Esa amistad lo habilitaba a él a desahogarse conmigo, pero me obligaba a mí a cumplir estrictamente con la palabra empeñada y no revelar detalles del hecho. Él, a quien no menciono aquí porque no he podido contactarlo aún, era uno de los convencidos de su propia culpabilidad, en tanto jefe militar de la zona de operaciones, de esas dos muertes desgraciadas.

Pues bien, aquí se atan las moscas por el rabo. Un ex oficial del ejército argentino, quien revistó en el campo de exterminio de La Perla, en Córdoba, me ha asegurado hace pocos días que los dos periodistas norteamericanos fueron asesinados mediante la colocación de una bomba lapa en la camioneta en que viajaban. También me hizo saber

que la operación de asesinato de Cross y Torgersen fue ordenada por la Embajada norteamericana en Tegucigalpa. El comando que actuó en la ocasión estaba integrado por un tal Jolla, oficial de inteligencia hondureño al parecer, y por el posteriormente desaparecido Roberto Alfieri, el oficial de la Policía Federal Argentina ya mencionado. Es más, a Alfieri se lo acusó en su momento de haber asesinado a su compadre Jolla en Tegucigalpa.

Como se comprenderá, esta revelación me exonera a mí del secreto pactado, exonera a mi viejo amigo sandinista de una conciencia atormentada durante dos décadas por esas muertes inocentes y, sobre todo, contribuye a abrir líneas de investigación que lleven a conocer detalladamente la verdad de este suceso. Hay gente a la cual se le puede requerir información al respecto. John Negroponete es una de esas personas, pues él estaba al frente de todos los asuntos —tanto los legales como los encubiertos— de los EE.UU. en Honduras. El general Buaso, un ladero de Gustavo Álvarez Martínez que fue agregado militar de Honduras en Chile, es otro candidato a ser consultado. La esposa de Alfieri, una argentina de apellido Martell, acaso también sepa algo. Y la familia de Jolla en Tegucigalpa. Los archivos del FBI deben tener información al respecto, porque Buaso fue detenido e interrogado por el FBI mucho después, a causa de un negocio de drogas que tenía como pantalla una conspiración para asesinar a Suazo Córdoba, el presidente de Honduras.

### **¿Por qué?**

Los familiares y amigos de Cross y de Torgerson, antes que nadie, se merecen conocer la verdad, aunque sea 22 años después de ocurridos los hechos y aunque todavía queden puntos oscuros en la historia. Ellos deberían pedir explicaciones al Departamento de Estado, a la CIA y al FBI.

Algunas preguntas me he formulado en estos días: ¿Por qué dos tipos que trabajaban para la CIA habrían de asesinar a dos periodistas norteamericanos en la frontera entre Honduras y Nicaragua? La maquinación, como dice mi fuente, surgió de la propia Embajada de EE.UU. en Tegucigalpa. La causa: una inminente derrota militar de la contra en el Valle de Jalapa (justo del otro lado de la frontera donde murieron los dos periodistas). La consecuencia del doble homicidio de los periodistas: una gigantesca operación mediática, una fuerte acusación al Ejército de Nicaragua, un escándalo internacional y enseguida una presencia más significativa de tropas hondureñas y norteamericanas en el terreno y, quizás, una «pequeña invasión» por

todo el valle de Jalapa susceptible de ser ampliada luego a la región norte del país.

Por algún motivo que desconozco una parte del plan se cumplió, pero después los hechos ocurrieron de otra manera, la contra fue desalojada de aquellas montañas y las muertes de Cross y Torgerson fueron anotadas en la lista de bajas de la guerra en Nicaragua. El asunto ha sido recogido en algunos libros, pero nunca se aclaró lo sucedido. Al parecer, la eficacia de Alfieri y Jolla al ejecutar su parte del plan no los salvó de ser ellos mismos víctimas de sus contratistas, preocupados por la posibilidad de que algún día contaran la verdad. Tanto Jolla como Alfieri fueron muertos en Honduras.

En realidad, en ese juego de espejos que es el espionaje y las operaciones encubiertas, quizás nunca se conozca la verdad completa sobre este episodio. Pero el hecho de que tantos años después alguien se haya animado a informar de algunos detalles del asunto me hace tener ciertas esperanzas, sobre todo teniendo en cuenta que el informante perteneció a la máquina desaparecedora de personas montada por Videla y su pandilla en la República Argentina. Es la misma máquina que secuestró y asesinó a Zelmar Michelini, Héctor Gutiérrez Ruiz, William Withelaw y Rosario Barredo en 1976; la que mató a Rodolfo Walsh, la que desapareció a Claudia García de Gelman y le robó la identidad a su hija.

Debo decir que aprecio el gesto de este hombre ya derrotado por la vergüenza de su propia vida: enterado de que yo viajaría a La Habana para participar en un encuentro convocado «Contra el terrorismo, por verdad y justicia», él contactó conmigo una vez más (ya lo había hecho en un par de ocasiones en 1987, a raíz de la publicación de mi novela *El tigre y la nieve*, (en la que aparece mencionado) para darme esos detalles sobre Alfieri y Jolla. Me pidió que los hiciera públicos. También me ha aportado otros datos que quizá, algún día, sean de utilidad revelar.

Sé que muchos pensarán que he sido víctima de una «operación de los servicios», como gustan llamar los periodistas porteños a las maniobras diversionistas destinadas a sembrar pistas falsas y confusión. Debo apuntar que, a riesgo de parecer ingenuo, creo firmemente en esos datos aportados de manera libre y espontánea. Por la información que me han brindado algunos compañeros, tanto en Montevideo como en Buenos Aires, esta fuente es fiable, ya ha servido para aclarar otros hechos de la guerra sucia y, además, los nombres y fechas que maneja se compaginan con exactitud en la maraña de hechos que aquí intenté

relatar con la mayor claridad posible. Esta es, pues, la historia secreta de un doble asesinato cometido hace 22 años.

Una última precisión: las víctimas no fueron solamente Cross y Torgersen, los dos periodistas asesinados. La lista es enorme: los familiares de los periodistas, sus memorias; los sospechosos de culpa que, me consta, han cargado con la pesada cruz de la responsabilidad durante 22 años; los que investigaron de buena fe y se encontraron con datos falsos aportados por agencias oficiales, tanto de los gobiernos de Honduras como de EE.UU.; la opinión pública, engañada como tantas otras veces por apariencias manipuladas y relatos sesgados de los hechos. Todos fueron víctimas.

Y la verdad. También la verdad fue una gran víctima de esa tramoya. Ahora, con estos datos, quizá pueda abrirse el camino para terminar de clarificar de forma definitiva el episodio. Entonces sí, una vez conocida la verdad de este acto terrorista, podrá recorrerse el camino de la Justicia, que es el único digno de transitar.